

## 61. Joaquín Zuazagoitia Azcorra

(Madrid, 22-III-1892 – Bilbao, 17-2-1971)

**ORIGEN FAMILIAR:** Joaquín Zuazagoitia procedía de una familia de solera del viejo Bilbao, pero no formaba parte de la plutocracia. Su madre, Concha Azcorra, natural de la localidad vizcaína de Algorta (Getxo), dio a luz a Joaquín en la madrileña calle del Carmen. Su padre, Cándido Zuazagoitia Garro, conocido naturalista y farmacéutico vizcaíno, regentaba en Algorta una farmacia desde 1880, en la avenida Basagoiti. Por tener que residir temporalmente en Madrid, en torno a 1890, por sus labores como biólogo, fue por lo que nació allí Joaquín, su único hijo. Poco después la familia regresó a Algorta y, con el tiempo, acabó trasladando la farmacia a Bilbao, donde Joaquín desarrolló desde joven un intenso sentimiento de identidad bilbaína. En alguno de sus escritos se refería a la villa como su “madre Bilbao”, a la que con cierto idealismo dotaba de un “alma inmortal”.

**ESTUDIOS:** Joaquín Zuazagoitia cursó los primeros estudios en el colegio religioso de los padres Escolapios y en el instituto de Bilbao. En 1909 se trasladó a Barcelona donde, siguiendo los pasos de su padre, realizó la carrera de Farmacia. Amplió estudios en ciencias químicas en Madrid y posteriormente en Alemania y en Francia (París y Burdeos), donde se especializó en Enología. Todo ello le permitió adquirir una amplia formación cultural y dominar el francés y el alemán, de forma que pudo conocer de primera mano las principales corrientes de pensamiento europeas de la época. Desde joven tuvo grandes inquietudes culturales. En 1914 se definía a sí mismo como un estudiante que no era ni “empollón”, ni “amodorrado”, sino “curioso, muy curioso” (El Noticiero Bilbaíno, 6-10-1914). Esa curiosidad intelectual le llevó, a pesar de su formación en ciencias, a decantarse por el estudio de las letras, el arte y el movimiento general de la cultura en Europa y en España. Su excelente biblioteca, que albergaba abundante literatura francesa, era buena muestra de ello.

**MATRIMONIO Y FARMACIA:** En torno a 1919 Zuazagoitia regresó a Bilbao. Unos años después, en 1924, se casó con la bilbaína Natalia Orbe Morales, con la que tuvo cuatro hijas (Concha, Dolores, Pilar y Natalia) y un hijo que murió niño. El matrimonio estableció su domicilio en el número 20 de la céntrica calle bilbaína de Elcano. Como boticario su dedicación a la farmacia fue limitada. Es cierto que durante 9 años, entre 1933 y 1942, fue presidente del colegio de farmacéuticos de Bizkaia y que llegó a ser nombrado vicepresidente del de España. Pero para Zuazagoitia la botica era, sobre todo, una sólida fuente de ingresos que le permitía dedicarse a actividades culturales, ya fuera como articulista, conferenciante, tertuliano, crítico de arte, escritor, etc. Así que resulta difícil adjudicar una profesión concreta a nuestro protagonista, habida cuenta de la cantidad de ocupaciones que ejerció a lo largo de su vida, desde farmacéutico a director del Museo de Bellas Artes de Bilbao, pasando por periodista (fue once años director de El Correo Español-El Pueblo Vasco), alcalde (diecisiete años al frente de la villa casi le convierten en un profesional de la Alcaldía) o presidente de la Junta de Cultura de Vizcaya, por citar sólo las más relevantes.

LA TERTULIA DEL LION D'OR, CONFERENCIAS: Zuazagoitia empezó a cobrar cierto protagonismo intelectual en el Bilbao de los años veinte, una ciudad en pleno proceso de transformación socioeconómica y dinamismo cultural. Su agilidad oratoria, su espíritu polemista y ocurrente hicieron de él un conferenciante reconocido en la villa. Por lo general, trataba temas literarios y artísticos. Pronunció su primera conferencia relevante en la Filarmónica de Bilbao el 15 de febrero de 1919. La disertación, titulada “Algunos escritores vascos desde 1874”, tuvo eco en la prensa de la época y fue publicada en pequeño folleto. Por su afición al arte y sus conocimientos de pintura fue nombrado en 1924 vocal del entonces creado Museo de Arte Moderno de Bilbao y posteriormente su director. También fue miembro de la célebre tertulia del Lion d’Or, que reunía a un grupo de destacados intelectuales bilbaínos en aquel café de la Gran Vía. Aglutinada en torno a Pedro Eguillor, en ella participaban asiduamente gentes como el poeta Ramón Basterra, el periodista Pedro Murlane Michelena, el político José Félix de Lequerica, el escritor Rafael Sánchez Mazas o el mismo Zuazagoitia. Todos ellos se fueron alejando de posiciones liberales para acercarse a un nacionalismo español autoritario, reaccionario o abiertamente fascista. Y muchos de ellos, al igual que nuestro protagonista, acabaron ocupando puestos políticos relevantes en el régimen franquista. Idoia Estornés nos recuerda que fue también miembro de la Sociedad de Estudios Vascos – Eusko Ikaskuntza.

COLABORADOR EN PERIÓDICOS Y REVISTAS: Zuazagoitia también se dedicó al periodismo, que en algunos momentos de su vida fue su principal ocupación. Colaboró en medios de muy diversa orientación ideológica. Sus primeros artículos, firmados en ocasiones con las iniciales Z.A. o con el pseudónimo “Sancho de Azpeitia”, fueron publicados en torno a 1911 en El Noticiero Bilbaíno y en El Día Gráfico de Barcelona, cuando estudiaba en aquella ciudad y todavía no había cumplido 20 años. De la misma época data su primer artículo publicado en el diario El Liberal de Bilbao, con el que continuó colaborando en los años veinte. En esa década publicó, con mayor o menor asiduidad según los casos, en diarios como El Sol de Madrid, La Lucha de Clases de Bilbao o El Pueblo Vasco y en revistas como La Baskonia o Hermes. Sus artículos trataban los temas más dispares, aunque predominaban los relacionados con cuestiones culturales. De todas formas no fue escritor prolífico y hay quien afirma que una de sus máximas favoritas era “nunca te arrepentirás del artículo que no has escrito” (Gregorio Morán, Los españoles que dejaron de serlo, p. 197). Zuazagoitia participó en la gestación de dos importantes empresas culturales como fueron la revista Hermes y el diario La Noche. Hermes, subtitulada Revista del País Vasco, fue una destacadísima publicación cultural editada entre 1917 y 1922. Contó entre sus colaboradores firmas del prestigio de Miguel Unamuno, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, José Ortega y Gasset o Eugenio d’Ors, por citar sólo algunos nombres. Dirigida por el nacionalista heterodoxo Jesús de Sarría, bajo el mecenazgo de Ramón de la Sota, simbolizó un vasquismo integrador ya que acogió tanto a sectores del nacionalismo vasco como del nacionalismo español procedentes de la sociedad bilbaína. Entre estos últimos figuraba Joaquín Zuazagoitia, miembro desde sus inicios del comité directivo de Hermes, además de colaborador habitual. La revista no superó la muerte de su director, Jesús de Sarría, auténtica alma del proyecto, y desapareció en 1922. Poco después Zuazagoitia se involucró en otro proyecto editorial bien diferente: La Noche, periódico de notables contenidos culturales, pero de vida efímera. Su primer número vio la luz en febrero de 1924 y apenas doce meses después dejó de publicarse por dificultades económicas. De ideología liberal, en su fundación y financiación participaron, además de Zuazagoitia, destacados personajes de la oligarquía vizcaína como José Félix de Lequerica o Lorenzo

Hurtado de Saracho. Los tres llegarían a ocupar la Alcaldía de Bilbao en tiempos del franquismo.

**DIRECTOR DE EL CORREO ESPAÑOL-EL PUEBLO VASCO:** El medio de comunicación en el que Zuazagoitia alcanzó mayor influencia fue El Correo Español-El Pueblo Vasco, diario que llegó a dirigir desde 1939 hasta 1950. Zuazagoitia había sido colaborador del diario monárquico El Pueblo Vasco, controlado por la familia Ybarra. Aunque al estallar la Guerra Civil dejó de publicarse, tras la caída de Bilbao salió de nuevo a la calle. A partir de entonces Zuazagoitia fue adquiriendo en él un creciente protagonismo. Primero, como redactor y editorialista del diario, convirtiéndose así en destacado propagandista de la coalición sublevada contra la II República. Después, cuando en abril de 1938 El Pueblo Vasco se fusionó con el falangista El Correo Español, Zuazagoitia fue nombrado miembro del consejo directivo del nuevo El Correo Español-El Pueblo Vasco. Y, finalmente, en diciembre de 1939 accedió a la dirección del diario, que siguió controlando hasta 1950, compaginando esa labor con la de alcalde durante más de siete años. Tiempo después, superada la etapa más nítidamente fascista del régimen franquista, Zuazagoitia presentaba su gestión al frente del diario como la de un defensor de la tradición ideológica de El Pueblo Vasco frente a las presiones falangistas, aunque más bien parece que, al igual que el régimen, fue acomodando sus planteamientos e imagen a la conveniencia de cada momento. Tras dejar la dirección de El Correo Español-El Pueblo Vasco mantuvo cierta actividad periodística. Continuó publicando algunos de sus artículos en ese diario y también en el Hierro, perteneciente a la red de prensa del Movimiento. En 1956 llegó incluso a plantear la idea, junto a su viejo amigo Rafael Sánchez Mazas, de crear un “diario político de vanguardia” en Bilbao, proyecto que no llegó a ver la luz (según Enrique Ybarra en El Correo Español-El Pueblo Vasco, 75 años informando, pp. 73-91). La disparidad de medios de comunicación en que colaboró –desde el republicano socialista El Liberal hasta el franquista El Correo Español-El Pueblo Vasco; desde la revista Hermes hasta el diario de la prensa del Movimiento, Hierro– es buena prueba de la singular trayectoria ideológica de nuestro hombre que evolucionó desde posiciones que podríamos calificar como liberales de izquierda hasta un nacionalismo español reaccionario y antidemocrático.

**EPOCA DE JUVENTUD: LIBERALISMO AVANZADO Y SOCIALISMO:** Zuazagoitia es otro ejemplo de intelectual que, partiendo de posturas liberales y avanzadas, a raíz de la crisis de conciencia que provocan la Gran Guerra y la revolución bolchevique e influido por sus lecturas de autores extranjeros, se lanza a elucubrar durante los años veinte sobre la necesidad de nuevas bases para asentar las sociedades y las conciencias, y completa su evolución en los años treinta acogándose francamente a las doctrinas contrarrevolucionarias. En los artículos de su época de estudiante muestra un tono crítico y antitradicional, influido por el noventayochismo y el regeneracionismo. Así, denuncia una serie de vicios que achaca a los españoles, como el sentido de bandería, la fiera intolerancia, la pereza intelectual, el ramplón espíritu de abogacía, la inclinación al polemismo, etc., y atribuye a la filosofía escolástica que aún se enseñaba todos los vicios intelectuales de España. El joven Zuazagoitia, aunque no abiertamente comprometido con la política de partido, se identificaba con la tradición liberal de Bilbao, una tradición vinculada a la decimonónica resistencia de la villa frente al carlismo, simbolizada en los sitios padecidos por la villa. En 1919 hablaba con cierto orgullo del “alma burguesa y liberal” de Bilbao, cuyo origen situaba en la superación del último sitio carlista, el 2 de mayo de 1874, momento que calificaba de “preñado de posibilidades”. Mantuvo en su rebotica una tertulia de significación republicana a la que solía acudir Indalecio Prieto. Hasta los años veinte se le reputaba como un intelectual

liberal de izquierdas, solía dar charlas en las Casas del Pueblo, y se le conocía a veces como “el boticario ateo”, debido a sus convicciones liberales de entonces, que se veían reforzadas por sus posiciones agnósticas en materia religiosa (Gabriel Plata, *La derecha vasca y la crisis de la democracia española, 1931-1936*, p. 40). Según parece, en esa época de juventud llegó a colaborar ocasionalmente en *La lucha de clases* e interpretó, con cierto agrado, la llegada por primera vez a la Alcaldía de Bilbao de un socialista, Rufino Laiseca en 1920, como expresión del “carácter macizo, orgánico de obra de fragua que la lucha económico-social toma en Bilbao”. Sin embargo, su pensamiento no se identificó nunca con el materialismo histórico. Lo que él proponía entonces era una imprecisa idealización de esa ideología y confiaba en que fuera precisamente la villa de Bilbao quien la protagonizara: “Quiero endulzar mi pesimismo soñando que de ese mi Bilbao salga la idealización del actual materialismo histórico y con ella la nueva política” (*La Baskonia. Revista decenal ilustrada*, p. 977, 20-11-1920). Sin embargo, ese pesimismo al que aludía Zuazagoitia se fue acentuando a medida que fueron transcurriendo los años veinte.

**AÑOS VEINTE: LA BÚSQUEDA DE “UN NUEVO MITO”:** Influido por la crisis de conciencia que en ámbitos culturales europeos generaron la Gran Guerra y la revolución bolchevique, Zuazagoitia empezó a reflexionar sobre la necesidad de construir un orden sobre nuevas bases sociales y culturales, alejadas de la modernidad. Ideas como la crisis de la sociedad moderna o la crítica al progreso y al individualismo se fueron adueñando de su pensamiento. En los años veinte la lectura de diversos escritores franceses y alemanes poco conocidos le lleva a Zuazagoitia a diagnosticar la “profunda incertidumbre de la conciencia actual”. Inspirándose en Víctor Crastre y Benjamín Gremieux explica que la Gran Guerra destruyó las creencias, que dejó a los jóvenes sin verdades fundamentales, en una total carencia de razones para vivir y en el nihilismo teórico, y que hizo de ellos “inadaptados metafísicos”. Por otra parte, a la relativa estabilidad de instituciones y de riquezas de preguerra sucedió una movilidad constante. Por eso los jóvenes –asegura Zuazagoitia– aspiran al orden, experimentan una inclinación súbita hacia lo dogmático, y se lanzan ora a fulminantes conversiones católicas, ora a la conquista del orden nuevo que promete el comunismo. Con todo ello relaciona Zuazagoitia la preocupación por lo demoníaco que observa en la literatura francesa. “La magnitud del mal y el sentirlo superior a la propia conciencia es lo que ha erguido ante algunas miradas la presencia real de Satanás”, un síntoma más de la profunda incertidumbre de las conciencias. El diagnóstico, expresado en un artículo publicado en 1926, no podía ser más oscuro: “El mundo se encuentra (...) en pleno fracaso. Los hombres se han dado a los extremos para salvarse de esa pesadilla”. La terapia propuesta, todavía en términos poco concretos, por Zuazagoitia era la invención de un nuevo mito que legitimara la autoridad, ya que el mito monárquico había quedado en el pasado y los mitos democrático o nacionalista habían conducido a la guerra o al imperialismo (Joaquín Zuazagoitia, *Artículos*, pp. 115-118), un gran mito coordinador que devolviera a Europa su unidad moral tras la atomización, consecuencia última de las teorías individualistas. En el significativo artículo “La necesidad de un nuevo mito”, rechaza la actitud de los espíritus simples que se aferran al espejismo de las libertades decadentes, pero también la de los que creen en la autoridad como mero “palo y tente tieso”. Siguiendo al escritor francés Francis Delaisi explica que la apoyatura que legitima la autoridad es el mito, “empleando esta palabra en su sentido soreliano”. “El no dar con ese mito liberador ha hecho que las gentes, en sálvese quien pueda, se hayan entregado apresuradamente al principio de autoridad. Pero, sin embargo, todas las autoridades son hoy precarias, porque carecen del mito que las legitime. Sólo el mito es

capaz de hermanar los términos antitéticos de libertad y autoridad, que hoy andan sueltos y perturbadores”.

**AÑOS TREINTA: EL AUTORITARISMO:** En los años treinta proseguirá Zuazagoitia, en tonos cada vez más dramáticos, un poco a la manera de Salaverría, su diagnóstico sobre la crisis de la civilización, y terminará acogiendo de buen grado los “mitos” nacionalistas y autoritarios que le ofrecían las derechas. Esos planteamientos genéricos de crítica a la modernidad fueron evolucionando y adquiriendo una más precisa definición política durante la Segunda República. En ese proceso Zuazagoitia acabó desprendiéndose de su liberalismo de juventud para abrazar postulados reaccionarios y autoritarios que frente a la idea de progreso reivindicaban el pasado como alternativa. Con meridiana claridad lo expresaba en junio de 1936, en vísperas de la sublevación militar: “pretender deshacer el pasado para «ensayar algo nuevo» solo puede llevar, de tumbo en tumbo, a estados regresivos e inferiores” (El Pueblo Vasco, 26-6-1936). Participó en Acción Española, expresión política de sectores aristocráticos que, aun aceptando los procesos de modernización económica, pretendían mantener una sociedad de rasgos premodernos en la que pervivieran al modo tradicional instituciones como la monarquía o la Iglesia. En sus escritos de esa época Zuazagoitia rechazaba la política de masas, la manipulación de la opinión pública por los modernos medios de comunicación o “la artificiosidad de los partidos políticos”, mostrando así su absoluta decepción hacia la democracia y la experiencia republicana. En tono apocalíptico, convencido de estar ante una crisis de civilización, afirmaba en 1935 que “el pobre hombre moderno ha perdido todo amor a la verdad y todo anhelo de perseguirla” (Joaquín Zuazagoitia, *Obra Completa*, p. 246), enfrentando así la libertad individual a una supuesta verdad objetiva y trascendente.

**NACIONALISMO ESPAÑOL FRENTE A NACIONALISMO VASCO:** Otro elemento básico del pensamiento de Zuazagoitia fue su nacionalismo español. Desde joven se había mostrado muy crítico con el nacionalismo vasco en sus diferentes manifestaciones. Como crítico literario, por ejemplo, despreciaba el ruralismo idealista romántico de Arturo Campión y motejaba de “panfleto nacionalista” las narraciones de Luis de Eleizalde. Adjudicaba a la literatura nacionalista vasca “jactanciosidad aldeana” y “torpeza mental” (El Pueblo Vasco, 31-7-1920). Sus críticas al nacionalismo le valieron el calificativo de “antivasco”, a lo que él respondía proclamando el amor a su tierra y recordando “los cuarenta apellidos euzquéricos que llevo diluidos en la sangre”. Vinculaba de manera inseparable su sentimiento vasquista con la identidad española, en radical oposición al nacionalismo aranista: “Mi posición es absolutamente antagónica de los que quieren hipertrofiarle [al País Vasco] su personalidad, como un tumor, hasta disgregarla de la conciencia española, único camino viable que tenemos hacia lo universal” (Joaquín Zuazagoitia, *Artículos*, pp. 127-128). Frente al nacionalismo vasco proclamaba el nacionalismo español, o mejor dicho, uno de los nacionalismos españoles entonces en liza. Porque, como hemos visto, Zuazagoitia estaba en las antípodas del proyecto nacional en clave democrática, heredero de la tradición cultural de la Ilustración y de la Revolución Francesa, que entonces trataba de desarrollar la Segunda República [esta opinión es propia del autor que aquí tomamos como fundamento de esta biografía, Fernando Martínez Rueda, quien considera a la Segunda República un proyecto nacional en clave democrática, como hace toda la izquierda actual; pero a esta consideración habría que añadirle dos cuestiones fundamentales: una, que lo mismo que Zuazagoitia estaba en las antípodas de ese proyecto, también lo estaban, por el lado opuesto, la mayoría de las izquierdas; y dos, que el único proyecto en clave realmente

democrática que hemos tenido en la historia de España es el de la Constitución de 1978; y ahora seguimos con Martínez Rueda y su análisis de Zuazagoitia]. Muy al contrario, entendía la nación española como una entidad viva, orgánica, dotada de una misión, más allá de la voluntad ciudadana, tal como escribía el 10 de julio de 1936: "... los pueblos, cuando pierden la conciencia de su misión en el mundo, no pueden sino corromperse. (...) Sólo una nueva conciencia de nuestra misión en el mundo o una resistencia a imposiciones forasteras puede devolvernos el tono vital" (El Pueblo Vasco, 10-7-1936). Notablemente influido por Ramiro de Maeztu y Charles Maurras, teóricos del nacionalismo reaccionario español y francés, entendía la nación, en este caso la española, como vínculo social superador de los fraccionamientos de las sociedades contemporáneas: "las diferencias de clases sólo pueden ser superadas en el sentimiento de patria", afirmaba (La Gaceta del Norte, 5-1-1944). La nación así entendida debía estar por encima de la libertad individual. Creía que el individuo sólo podía alcanzar su plenitud en torno a lo nacional, principal elemento que le confería identidad y al que debía subordinarse. Frente al individualismo y al liberalismo se alzaba para Zuazagoitia la nación, concebida como entidad objetiva, forjada por la historia, según afirmaba en 1938: "sólo a través de las patrias históricas se nos hace carne del espíritu el sentido trascendental de la persona humana" (La Gaceta del Norte, 3-7-1938). Parece que por fin había encontrado en la nación así entendida el mito que andaba reclamando desde los años veinte para tratar de legitimar la autoridad en la nueva sociedad de masas.

**CON EL LEVANTAMIENTO MILITAR:** Como vemos, para 1936 Zuazagoitia se había decantado ya por un nacionalismo español autoritario y reaccionario. Dicho con otras palabras, en vísperas de la sublevación militar ya había tomado partido. Llegó incluso a conspirar intelectualmente contra la República pocas semanas antes del estallido de la Guerra Civil. Oculto bajo el pseudónimo de "Juan de Arechavaleta", publicó entonces un artículo, significativamente titulado "La razón de la fuerza", en el que alentaba en estilo metafórico un levantamiento militar contra la legalidad republicana y proponía el liderazgo de "una nueva clase dirigente que imponga su voluntad unificadora e impida el deshacimiento" (El Pueblo Vasco, 26-6-1936). Durante la guerra y hasta la caída de Bilbao en manos de las tropas franquistas, Zuazagoitia se mantuvo en un discreto segundo plano, se trasladó a Algorta y no padeció detención alguna, probablemente porque su actividad pública había sido hasta entonces más cultural que abiertamente política. Sin embargo, tras la caída de la villa, en junio de 1937, inició una carrera política que le permitió alcanzar cargos relevantes en el Nuevo Estado. Se afilió entonces al partido único Falange Española Tradicionalista y de las JONS, del que en 1939 ya era "inspector nacional". Como conferenciante o desde los medios de comunicación trabajó como propagandista del régimen franquista. Como intelectual del nuevo Estado, desarrolló una "función orientadora de las ideas y principios del Movimiento" (El Correo Español-El Pueblo Vasco, 9-7-1939). Valoraba del fascismo, más que su proyecto nacional-sindicalista, su fuerza contrarrevolucionaria y nacionalizadora. Fue subiendo peldaños en la administración franquista o sus aledaños. Primero fue nombrado miembro de la Junta Provincial de Archivos, Bibliotecas y Patrimonio Artístico.

**ALCALDE DE BILBAO DURANTE 17 AÑOS:** En 1942 fue designado alcalde de la villa, cargo que le permitió ser procurador en las Cortes franquistas y desde 1947 miembro del Consejo del Reino. Ocupó la Alcaldía de Bilbao nada menos que durante diecisiete años consecutivos, desde 1942 hasta 1959. Desde una concepción elitista y antidemocrática de la política, entendía el cargo de alcalde de forma paternalista.

Afirmaba incluso que el “cariño”, el “sentimiento paternal” y hasta la “ternura maternal” debían formar parte del rol de un primer edil. La estrecha vinculación entre lo que él llamaba lo local y lo nacional, esto es, entre lo bilbaíno y lo español fue un tópico recurrente de su pensamiento como alcalde. A pesar de la victoria del Movimiento, su pensamiento continuó marcado toda su vida por un profundo pesimismo hacia las sociedades contemporáneas, como si no creyese en la capacidad regeneradora del régimen que defendía. En sus escritos y conferencias continuó aludiendo a “la crisis del mundo”, criticando el progreso, rechazando el materialismo dominante, alertando de los peligros de la libertad individual. Su receta para combatir todas esas amenazas eran la disciplina, el mundo espiritual y, sobre todo, la religión, entendida por Zuazagoitia más como instrumento de orden social que como expresión de profunda fe: “Solo el sentido de lo religioso de la existencia es capaz de libertarnos de las fuerzas abismales” (La Gaceta del Norte, 3-7-1938). En las numerosas conferencias que, ya siendo alcalde, pronunció repetía esas ideas adecuándolas al auditorio correspondiente. Lógicamente, la Alcaldía concentró su actividad entre 1942 y 1959, aunque, como hemos visto, compatibilizó el cargo con otras labores como la dirección del diario El Correo Español-El Pueblo Vasco hasta 1950, las conferencias que pronunciaba o los artículos que ocasionalmente escribía.

**MIEMBRO DE LAS CORTES FRANQUISTAS Y CONSEJERO DEL REINO:** Desde 1942 fue miembro de las Cortes franquistas y desde 1947 miembro del Consejo del Reino, institución creada aquel año por la ley de sucesión y cuya función era, al menos en teoría, auxiliar al Jefe del Estado en materias de singular trascendencia. Siguiendo la pauta de la denominada representación orgánica, Zuazagoitia fue elegido consejero del Reino por los alcaldes de capitales y presidentes de Diputación, en representación de la administración local. Aunque el poder omnímodo de Franco redujo el papel de esa institución a puro formalismo, permitió a Zuazagoitia relacionarse con las más altas jerarquías del régimen que junto a él componían el consejo, como el presidente de las Cortes, el general más veterano, el prelado de mayor rango y antigüedad en las Cortes, el Jefe el Alto Estado Mayor y dos representantes del sindicato vertical y del Consejo Nacional del Movimiento. En definitiva, su nombramiento como Consejero del Reino es buena muestra de su absoluta identificación con el régimen franquista, que a su vez premiaba su fidelidad y reconocía su relevancia.

**ULTIMOS AÑOS: DELEGACIÓN DE LA ONU, JUNTA DE CULTURA:** El 4 de abril de 1959 fue cesado como alcalde, tras una época en que los problemas de la villa parecían multiplicarse. Tenía entonces 67 años y había sido “el alcalde” desde que tenía 50. Parecía un político amortizado tras los momentos finales de su mandato en los que la gestión municipal había sido muy complicada. Quizá era ya demasiado viejo para acceder a nuevas responsabilidades, pero tal vez no lo suficiente como para retirarse del todo de la vida pública. Su viejo amigo José Félix de Lequerica, por aquel entonces embajador en la ONU, acudió en su ayuda y le incorporó durante una temporada a la delegación española en Naciones Unidas en 1960. En sus últimos años Zuazagoitia continuó dedicándose a actividades culturales, escribiendo ocasionalmente artículos en la prensa, sobre todo en el diario Hierro, y dando conferencias, especialmente sobre temas artísticos. En 1964 fue nombrado presidente de la Junta de Cultura de Vizcaya. Fue ésta su principal ocupación hasta su muerte, el 17 de febrero de 1971, a la edad de 78 años. Su fidelidad al régimen franquista fue premiada con varias condecoraciones.

**FUENTES:** Reproducimos en gran medida el espléndido trabajo de Fernando Martínez Rueda en BA (Vol. III, pp. 241-250), del que aprovechamos la parte inicial del mismo,

dejando aparte la gestión propiamente municipal. Junto a él, hemos tenido en cuenta, para explicar la evolución ideológica del personaje, lo que propone Gabriel Plata Parga, en *La derecha vasca y la crisis de la democracia española, 1931-1936* (Bilbao, Diputación, 1991, pp. 39-40). La *Auñamendi digital* dedica una escueta nota a esta figura política e intelectual, firmada por Ainhoa Arozamena Ayala (seudónimo de Idoia Estornés Zubizarreta). Y el libro *El Correo Español – El Pueblo Vasco: 75 años informando* (Bilbao, 1985).